

ÁFRICA: DESÓRDENES DE CRECIMIENTO

CLAUDE MEILLASSOUX

*Director de investigación en el CNRS**

LOS PROBLEMAS DEMOGRÁFICOS, y sobre todo el del crecimiento acelerado de la población, tienen un considerable impacto emocional y la manera como se les percibe empíricamente no está desprovista de prejuicios. En relación a estos últimos, la realidad y la reflexión hacen aparecer un cierto número de paradojas que posiblemente son indicio de una disociación entre nuestros modos de comprender los hechos y las políticas que se les aplican a éstos.

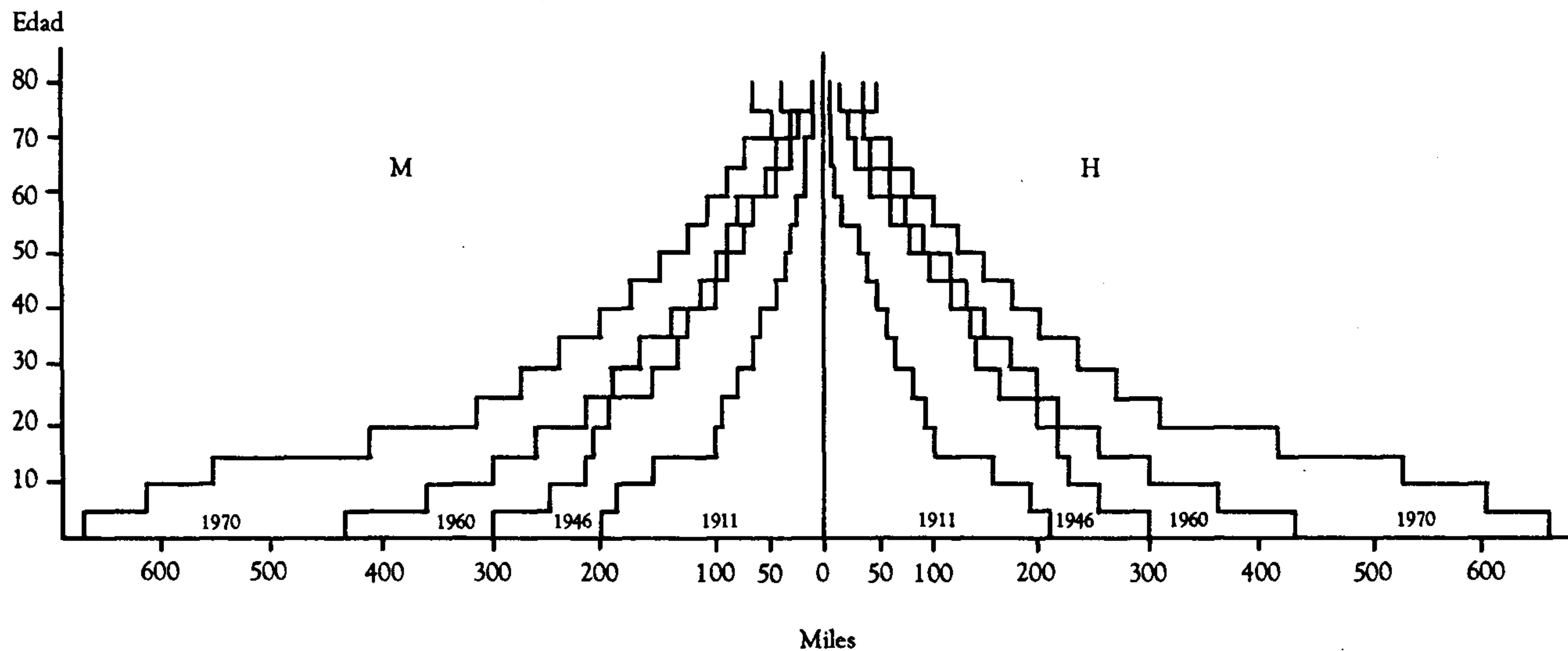
No es la menor de estas paradojas que el crecimiento acelerado de la población plantee un problema en África cuando ese continente se ve asaltado por pestes mortales: hambrunas, guerras, enfermedades. Esto es cierto a tal punto que si las estimaciones de la mortalidad resultan ser tan exactas como las del crecimiento, ambas se anularían mutuamente en los próximos años. Como muchas otras paradojas en relación con este tema, ésta hace surgir numerosos y serios problemas.

A pesar de las incitaciones de la Biblia "sed fecundos, multiplicaos y llenad la tierra", en el Occidente cristiano desde la revolución industrial, se percibe cada vez más el crecimiento demográfico como un flagelo amenazante. Para Malthus "el populacho, que está por lo general constituido por la parte excedente de una población agujada por el sufrimiento (...) es, entre todos los monstruos, el enemigo más temible de la libertad". A partir de ahí se desarrollaron conjuntamente dos visiones apocalípticas de la demografía, una cuantitativa y otra peyorativa: el miedo a ser tragado por la cantidad y el miedo a ser contaminado por la miseria.

Más de un siglo después de Malthus, el monstruo demográfico era percibido por el filósofo español Ortega y Gasset como "una

* El significado de las siglas y su traducción están enlistados al final del documento.
[N. del t.]

Población de derecho de los *Homelands** 1911, 1946, 1960, 1970 (según Sadie, 1977)



* Reservas territoriales para la población negra nativa de Sudáfrica, en ocasiones correspondientes a determinados pueblos bantúes. [N. del t.]

irrupción vertical de los bárbaros”, nacida del propio seno de la nación. Era así como las élites europeas de entre las dos guerras se representaban al proletariado: con los rasgos de una raza diferente y amenazante surgida de abajo de sus pies. Olvidaban que la población de los cuchitriles urbanos procedía en su mayoría del campo, que se trataba pues de “sus” campesinos, de esos mismos campesinos que los artistas apasionados de la belleza retrataban en sus novelas o en sus pinturas con rasgos bucólicos y llenos de encanto. De hecho, esos campesinos se volvían irreconocibles, una vez que habían sido atraídos hacia y metamorfoseados en las fábricas de sus amigos y mecenas industriales, donde se les pagaba con alcohol y harapos. La representación de este crecimiento demográfico (en el que el éxodo rural y una considerable natalidad se confundían) como “una irrupción vertical de los bárbaros” es significativa: ella ponía de manifiesto al mismo tiempo el olvido del origen nacional de esa gente de campo proletarizada y su remisión a una extranjería absoluta y, por lo mismo, a la negación de su pertenencia a cualquier civilización. Las relaciones de clase eran entonces evidentes, probadas, expresadas: el proletariado gozaba de su identidad cultural, semejante ya a la de una raza extranjera.

El miedo visceral al crecimiento demográfico no nos ha abandonado, a pesar de que hoy provenga del otro lado de nuestras fronteras. Este miedo se inculca desde la niñez. J. L. Simon (1981) cita, por ejemplo, estas palabras encontradas en un libro ilustrado para niños norteamericanos: “¿Puede la tierra sobrevivir a tantos habitantes? (...) Si la población continúa explotando (*sic*), muchos morirán de hambre (...) Todos los problemas principales respecto del medio ambiente pueden ser relacionados con la población, más exactamente con demasiada población”.

Simon nos recuerda que Ross, ya en 1927, había publicado una obra titulada: *¡Sólo parados! (Standing room only)* mientras otro escritor, Harrison Brown, se inquietaba de que la humanidad continuara aumentando hasta que “la tierra estuviera completamente cubierta de una espesa capa de seres humanos, como un hervidero de gusanos en el cadáver de una vaca”.

Hoy en día los bárbaros ya no surgen de abajo de nuestros pies, ni de abismos insondables. Son de origen claramente extranjero, lo que no disminuye en nada los temores y hasta los odios que inspi-

ran. En Sudáfrica, a pesar de los cambios, el miedo a la "irrupción vertical" ha dado paso desde hace mucho tiempo al miedo a la "marea negra" (*the black tide*), lista a romper en oleadas sobre las tierras y cabezas de los blancos, desde los bantustanes y de las ciudades negras siempre mantenidas extramuros. En nuestro país se habla de invasión, de desbordamiento, de ocupación, e incluso aquellos que tienen conocimientos en la materia, ¡hablan de sobredosis!

Con todo, esta extranjería sugiere una solución: el regreso forzado al país de origen. Si los bárbaros, en lugar de venir de nuestros campos, provienen de lugares lejanos y extranjeros, se les puede regresar a ellos. A partir de ese momento, la calidad de los inmigrantes, de definitiva que era en otro tiempo, se vuelve precaria; los cuchitriles a donde nuestros bisabuelos provincianos llegaron para amontonarse, pero también para echar raíces, se convierten en dormitorios de paso; la situación familiar, cualquiera que ésta sea en realidad, se reduce al "celibato"; la condición de inmigrante se cuaja en la de un extranjero irreducible, inasimilable y sin derechos.

Cuando los demógrafos nos dijeron que las tasas de fecundidad en esos países del Tercer Mundo (¡de donde vienen tantos inmigrantes!) son las más altas del mundo, cuando supimos por los etnólogos que esta fecundidad resulta de un comportamiento social y por los economistas que dichas tasas entorpecen el desarrollo, a muchos les pareció y desde hace tiempo que se imponía el deber de intervenir.

El crecimiento demográfico nutre con tanta facilidad los prejuicios y los rechazos que hay que poner mucha atención para que su examen no se impregne de reacciones irracionales, hostiles o demagógicas.

Por simplificadoras que sean, ¿acaso esas reacciones no contribuyen desde ya a inspirar las políticas malthusianas de control sobre la población del Tercer Mundo?

Evocar las representaciones del crecimiento demográfico nos recuerda, antes que nada, que este fenómeno tuvo, a menor escala, un precedente que afectó la Europa industrial, sobre todo a Gran Bretaña y Alemania, a todo lo largo del siglo XIX. Éste suscitó, como lo atestigua Malthus, un pavor bastante grande al mismo tiempo que la demografía "liberal", es decir, a diferencia de la economía "liberal" pero estrechamente asociada a ella, la intención de actuar de manera autoritaria sobre el comportamiento más privado de los sectores de la población llamados "pobres" e ignorantes.

Recordemos que en Gran Bretaña este crecimiento estuvo acompañado de una crisis de subsistencia. A pesar de los progresos de la agricultura inglesa y de la voluntad de los granjeros británicos de conservar para sí el mercado nacional de granos, hubo que recurrir a la libre importación para alimentar a esa población industrial, necesaria pero creciente, a precios que no gravaran las ganancias de los empresarios. De no haber sido por esta aportación externa, el proletariado no hubiera podido alcanzar las dimensiones que tuvo. Como hace notar Dupâquier en lo que toca a Francia: "el crecimiento demográfico se vio acompañado de, estuvo sostenido y en cierta medida, se hizo posible por un auge de la agricultura y de la producción que ésta además estimuló" (en Dupâquier, J., ed. 1988).

La evocación del pasado nos enseña también que desde esa época nuestro mundo social se dividió y que ese prolífico proletariado ya no tiene su residencia en el seno de las naciones en desarrollo, de tal modo que (y ésta es otra paradoja) el crecimiento acelerado, producto de la industrialización, no es más un fenómeno característico de las naciones industriales sino de los países menos "avanzados".

A diferencia también de esa experiencia precedente, los desplazamientos de la mano de obra entre los lugares de origen y las zonas de empleo se ven sometidos hoy, gracias a las fronteras nacionales, a reglamentos y controles policiacos que ejercen una selección de los inmigrantes y una segregación institucional que vuelve su situación precaria y reversible. Las características demográficas y económicas de las zonas de emigración y de inmigración tienden, por esta situación, a evolucionar de manera diferente: mientras que se prevé el desmoronamiento de las primeras bajo el peso de sus niños, se teme ver que las segundas se volatilicen con las cenizas de sus viejos.

Respecto de los lugares de origen de los trabajadores que emigran reinan algunas "representaciones" que, también falsean, por poco que sea, los datos.

El África negra proporciona una parte de los inmigrantes a Europa. Su fecundidad es la más elevada de los cinco continentes. ¿Se trata, por lo tanto, de un continente que se desborda? ¿Padece de una "demorragia" salvaje y nociva?

Se sabe que el continente africano sufre, en relación a los otros, un retraso de crecimiento de población y se podría considerar que después de todo no hace más que colmarlo; pero el proble-

ma está en que esta recuperación no se lleva a cabo a su propio ritmo sino bajo el efecto de impactos que vienen del exterior.

Las regiones de donde vienen esos aparentes excedentes de población no se cuentan generalmente entre las más densamente pobladas. De hecho, todo el mundo sabe que no hay una correlación evidente entre la densidad de población y la emigración. Un país como Nigeria, comparativamente más industrializado, por mucho el más poblado y cuya densidad de población es de las más altas de África, lejos de ser un país de emigración, atrae a inmigrantes por millones, a tal punto que se ve obligado a rechazarlos, y no con mucho éxito, por cierto. Es también uno de los países que importa comparativamente la menor cantidad de productos alimenticios.

Burundi y Ruanda, cuyas densidades de población rural se cuentan entre las más altas, y al contrario de Nigeria, poco industrializados, tampoco son países de emigración, si no es de tipo político. Prácticamente no importan productos alimenticios. El éxodo no parece deberse a "sobrepoblamiento" local alguno.

A la inversa, la región soninke, situada en Malí, lugar de emigración de donde procede gran parte de los trabajadores africanos que están en Francia, se encuentra situada en una zona semidesértica que no tiene sino algunos pueblos y cuya densidad de población promedio es de 6 a 8 habitantes por kilómetro cuadrado. A pesar de las duras condiciones climáticas y las sequías recurrentes que azotan la región, no se trata de un éxodo sino todo lo contrario. Esas poblaciones están muy ligadas a su terruño. Las familias de los emigrantes se quedan en sus pueblos. La tierra, ciertamente de bajo rendimiento, no falta y el deterioro de la agricultura de alimentos se debe más a la emigración que a un cultivo intensivo. El que la deforestación se intensifique responde más al abastecimiento de las ciudades que a la satisfacción de las necesidades locales. Pero como esta región está alejada y mal comunicada, lo único que produce para el mercado es su fuerza de trabajo. Así pues, la emigración no es en este caso el efecto de un desbordamiento ni de una deserción, sino más bien de una marginación.

Lo que caracteriza a estas poblaciones descuartizadas, donde el hombre está ausente durante largos periodos, es la disociación entre las actividades de producción remuneradas, que llevan a cabo los hombres pero "en otro lugar", y la reproducción que se perpetúa mal que bien "en el terruño", bajo la creciente responsabilidad

de las mujeres, agobiadas por la multiplicación de los trabajos agrícolas que deben realizar aparte de las labores domésticas y de la educación de los niños, quienes irán a Europa a relevar a sus hermanos mayores. Éstas son circunstancias físicamente poco favorables para la procreación, las cuales incitan, sin embargo, a la consolidación de familias capaces de llevar esta disociación impuesta, al extender de un país a otro sus redes de solidaridad entre parientes y generaciones.

Al no encontrar en el terreno los indicios esperados de sobrepoblación, surgen las preguntas.

La primera población africana que estudié, los guros de Costa de Marfil, padeció durante el periodo colonial el trabajo forzado. Ahora bien, según informes oficiales, la inspección colonial, a pesar de su avidez por movilizar al máximo el trabajo de los "indígenas", tuvo que moderar el ardor de sus funcionarios y admitir que, a fin de cuentas, no se podía movilizar más de 5% de la población total sin que se provocaran al mismo tiempo riesgos de hambrunas. Se reveló así que, en el círculo guro, "para poner a trabajar simultáneamente a 2 450 hombres había que someter y controlar, tanto administrativa como policíacamente, a una población total de 76 255 habitantes, o sea aproximadamente 31 veces más numerosa" (Meillassoux, 1964:310). Tal era el volumen demográfico que se consideraba necesario para la movilización de efectivos casi irrisorios, con el fin de que la población pudiera aún dedicarse a las actividades agrícolas mínimas para la producción de alimentos indispensables para su sobrevivencia. La demografía no presentaba ningún indicio de crecimiento acelerado.¹

El periodo colonial, con los agravantes de la guerra y del reclutamiento militar, fue un periodo de decadencia demográfica. A la primera guerra mundial siguieron hambrunas y epidemias que dejaron cientos de miles de muertos en el oeste de África. Hubo que esperar los años treinta para ver una reanudación del crecimiento demográfico.

El Sahel, región que estudié más tarde (se trata de la franja meridional del Sahara que tiene una precipitación pluvial media de alrede-

¹ En todas partes, tanto en África como en otros lugares, el trabajo forzado tuvo efectos de despoblamiento (véase G. Sautter, 1966 y las contribuciones de M. François, M. Panoff, A. Rangasami en Gendreau y otros [comps.] 1991).

dor de 400 mm) confirma la subordinación del régimen demográfico autóctono a la producción de alimentos local. Los trabajos históricos de M. Chastanet (en prensa) muestran que las variaciones climáticas permiten en promedio un año bueno de cada tres. Los niños y los otros miembros improductivos son las primeras víctimas de las penurias, porque son los adultos activos a quienes hay que alimentar primero para asegurar el futuro inmediato. Por eso la natalidad era elevada para que hubiera siempre una población infantil renovada susceptible de obtener un beneficio de la recuperación de la producción agrícola. Dejadas a sus propias fuerzas, estas poblaciones tampoco alcanzaron un crecimiento acelerado.

El informe de la inspección colonial que señalamos antes era, pues, la constatación empírica de la baja productividad del trabajo alimentario en esas sociedades, de la extrema fragilidad de su economía de subsistencia, y de su imposibilidad, en tal situación, de alimentar una población no agrícola numerosa.

Lo que gobierna el crecimiento de ese tipo de sociedad basada en la agricultura no mecanizada es, más que una fecundidad casi siempre saturada, la productividad del trabajo alimentario: ¿Cuántos niños puede alimentar una generación de adultos hasta llevarlos a la madurez?

Después de la guerra, la situación demográfica colonial, que ponía en peligro la existencia misma de ciertas poblaciones, se transformó completamente, y esto a pesar del estancamiento de la producción agrícola de alimentos.

En la región guro, que poseía una tradición muy antigua de autosubsistencia, observé que todos los esfuerzos institucionales para aumentar la producción agrícola no estaban dirigidos sino hacia los cultivos de exportación.

Por el contrario, por razones que se derivan menos del tradicionalismo que de la situación demográfica y que intenté explicar en otra parte (Meillassoux, 1975), en lo que toca a la agricultura de subsistencia, desde el periodo precolonial no hubo ningún aumento de la productividad. Y está demostrado que esta situación se extiende por el África subsahariana (Pilon, 1991).²

² En los lugares donde fue introducido material técnico aparecieron otros problemas (cf. Williams, 1991).

En relación al periodo colonial, tampoco hoy el cultivo de alimentos está en posición de abastecer un crecimiento acelerado de la población. Algunos han tratado de ver en el carácter conservador de los campesinos la explicación del estancamiento de la agricultura alimentaria. Pero los métodos modernos introducidos para favorecer los cultivos de exportación, los cuales eran nuevos para los campesinos africanos, fueron adoptados en todas partes. Por el contrario, en lo que respecta a los cultivos de alimentos, cuando son objeto de proyectos de desarrollo, los esfuerzos van dirigidos casi siempre a la mejora del rendimiento de las tierras antes que a la productividad del trabajo, a menudo hasta en detrimento de esta última y, por lo tanto, con efectos negativos.

A falta entonces de una mejora considerable de la productividad en el cultivo de alimentos del campesinado africano, el crecimiento demográfico observado desde la década de los cincuenta no pudo ser alimentado sino mediante una aportación alimentaria externa.

Entre 1950 y 1990, la población del continente africano experimentaría un aumento de 400 millones de habitantes. Ahora bien, esto sucedió al mismo tiempo que bajaba la producción de alimentos por habitante.

La existencia física de esa población es, sin embargo, la prueba de que ésta disponía de los medios necesarios para llegar a tal número de efectivos: medios alimentarios o medios monetarios para tener acceso a esos alimentos. Su crecimiento responde, pues, a una coyuntura económica y social precisa, sin precedente en el continente, ligada a su historia reciente.

Este crecimiento de población —y la situación alimentaria que lo acompaña— corresponde a una etapa de industrialización y urbanización aceleradas que comenzó en los años cincuenta y se prolongó hasta la vuelta de los ochenta, y que se ve ahora seguida de una profunda recesión. Aquél es el efecto de una fuerte demanda de mano de obra, la cual provocó la formación de un *proletariado* urbano que se vio acompañada necesariamente de un abasto de alimentos proporcional.

La noción de proletariado me parece aquí particularmente fundamentada: el *proletarius* era aquel que en Roma no tenía más riqueza que su progenie; es decir, su propia fuerza de trabajo y la de sus hijos.³

³ La definición económica de salario mínimo por hora, por el contrario, se aplica siem-

Tal como su nombre lo indica, como lo obligaba su condición y como se puede ver, es *prolífico*. El término, de resonancia social, económica y demográfica se ajusta, pues, en todos sentidos a nuestro problema.

La urbanización, así como el asalariado —a menos que este último sea temporal— priva al interior del país de agricultores al mismo tiempo que hace aumentar más que proporcionalmente la cantidad de consumidores en las zonas urbanas. Tal relación, aunada a la sustitución de cultivos de alimentos por los cultivos de exportación, no puede sino crear un déficit alimentario. El cultivo intensivo de plantas más productivas como la mandioca o la migración de agricultores a la periferia de las ciudades no son más que paliativos; sólo una agricultura alimentaria mecanizada puede hacer frente a una urbanización de grandes proporciones.

Pero pasar de la autosubsistencia a una agricultura alimentaria de mercado representa un salto cualitativo que, al monetizar los intercambios y al poner a descubierto la baja productividad de la comunidad doméstica, y por lo tanto su precio comercial elevado, significa generar alzas de precios de los alimentos y consecuentemente de los salarios.

Un aumento de población en esas condiciones no hubiera sido posible sino a mediano plazo, hecho progresivamente, en el marco de una protección y de una política eficaz de sostenimiento de precios al productor. Sin embargo y por el contrario, en esa coyuntura de demanda urgente de mano de obra, se puso en práctica en las ciudades africanas una política de sostenimiento de precios de los alimentos al consumidor, con el fin de no cargar los salarios y gravar las ganancias de las empresas. De hecho, la competencia de los productos alimenticios extranjeros importados que provenían de agriculturas de muy alta productividad y además subsidiadas, y esto en el marco de un libre comercio impuesto por los organismos internacionales, ni siquiera permitió que una producción local de alimentos moderna pudiera arrancar en África.

Así, alrededor de 30% de la población africana, que corresponde aproximadamente a la población de los grandes centros urbanos, al que se une una parte de las poblaciones rurales dedicadas

pre a alguien "soltero". En su proceso de constitución, llamo proletariado a la población cuya dependencia del asalariado tiende a predominar sobre otras fuentes de ingresos.

a los cultivos de exportación, no pudo crecer sino alimentado con productos alimenticios importados relativamente baratos.

Relativamente baratos, en efecto, ya que el estancamiento del cultivo de alimentos en virtud de su baja productividad, hacía más ventajoso el acceso a un ingreso monetario que permitiera comprar más barato alimentos importados producidos a mejores precios.

Esta productividad desigual, que valora por un lado la fuerza de trabajo vendida directa o indirectamente en el mercado y que por el otro deprecia los productos alimenticios (y, por ende, la economía local) tuvo, creo yo, un alcance económico, social y demográfico considerable: el efecto de la urbanización fue proporcional a esta desigualdad en la productividad. Este efecto sustenta el éxodo rural y en buena medida el crecimiento acelerado de la población.

A diferencia del abasto aleatorio de la agricultura no mecanizada, sometida a los cambios climáticos que periódicamente cobraban su cuota de mortalidad infantil, el asalariado, en una coyuntura que permitía un acceso más regular a ingresos en dinero y a un empleo remunerado, así como el abastecimiento regular del mercado, ponían a la población al abrigo de las incertidumbres de la agricultura aldeana (Meillassoux, 1991; Fargues, 1987:25). Todo esto permitía alimentar de manera continua a los niños y llevarlos a la madurez con una mortalidad bastante más baja.

La extensión del asalariado hacia las ciudades suficientemente abastecidas por importaciones de alimentos y mejor equipadas desde el punto de vista sanitario, contribuyó en forma decisiva al aumento de la población africana.

Ciertamente la medicina, también más accesible en las ciudades que en el campo, desempeñó su papel; pero ésta no hubiera surtido efecto sin un abastecimiento capaz de alimentar a la población que ella contribuyó a hacer más numerosa.

Entre los años cincuenta y aproximadamente los tres últimos años de los setenta, maduraron dos generaciones nacidas en las condiciones de fecundidad de la comunidad doméstica, alimentadas por un capitalismo en expansión, pero condenadas a sufrir los efectos de una recesión de precios y salarios.

Gran parte del progreso logrado bajo los efectos de la economía de mercado de hecho contribuyó a constituir esa población.

La importación en masa de alimentos y la política de precios

contribuyeron no sólo a formar un proletariado urbano, sino también a su crecimiento acelerado y a su configuración propia.

Este crecimiento, que respondía entonces a los requerimientos del mercado de trabajo, se logró gracias a los medios económicos que fueron puestos a disposición de las poblaciones africanas, sin que éstas tuvieran que modificar su comportamiento respecto a la natalidad (Chesnais, 1986). Tendrían todavía que hacer frente a las consecuencias económicas y sociales.

Si bien es cierto que el asalariado aportaba una mejora y una relativa estabilidad de los ingresos en el corto plazo, no aportaba, en efecto, la seguridad económica.

En África, como fue el caso de Europa durante largo tiempo, únicamente las comunidades rurales podían asumir esa función.

El aumento de población urbana tiende, en esta etapa, a ir acompañado en menor escala por un aumento de población rural, en la medida en que este último sirve todavía mucho como lugar de repliegue y como lugar de reproducción para una parte importante de la población que emigra a la ciudad o al extranjero. En estas condiciones, es toda familia extensa la que participa de la sociedad industrial y urbana de la posguerra y no algunos de sus miembros. Es a ella a quien se deja cumplir las funciones esenciales de proveedora de mano de obra y de seguridad social. Pero estas funciones las cumple a título privado, con su propia perspectiva, a su escala, en un marco económico no mercantil y según sus reglas y su política. Ahora bien, esta política es, más que nunca en esta coyuntura cambiante, la de asegurar su propia perpetuidad y solidez como organismo y como institución, dándose una base demográfica segura y, por lo tanto, grande y equilibrada.

La familia africana, siempre investida de sus mismas funciones reproductivas y de seguridad, busca pues apoyarse, para perpetuar esta labor, en los medios y en la moral heredados de sus orígenes rurales.

El proceso de crecimiento de la población se debe atribuir menos a la iniciativa demográfica de los africanos que a las políticas económicas y sociales a las que han estado expuestos, en el mejor de los casos, al desarrollo y en el peor a la explotación y desintegración familiar.

Pero si la emigración sólo de los hombres a lugares lejanos indulta temporalmente a la comunidad rural permitiéndole con ello conservar su comportamiento demográfico, la emigración conyu-

gal hacia las ciudades instaura una ruptura con el terruño que le hace asumir su demografía en otras condiciones.

De la urbanización se hubiera podido esperar, en efecto, una baja de la fecundidad, y esto independientemente de toda mejora en las condiciones materiales de vida. El núcleo familiar conyugal, al desprenderse de una estructura familiar mayor, aplaza temporalmente la procreación. Alejada de su comunidad ya no puede, como ésta, tener hijos tardíamente: el sistema de paternidad por parentesco, que permite una continuidad en el cuidado de los hijos, deja de operar. La poligenia que renueva el grupo de las madres se atenúa.

Sin embargo, estos factores objetivos de reducción de la familia fueron puestos en jaque sobre todo a partir de la "crisis", bajo el efecto del desempleo y de la baja de los ingresos.

A la vuelta de los años ochenta, la expansión se vio seguida por un periodo de retracción industrial que dejó en el abandono a una población en crecimiento, que hoy ya no corresponde a la exigencia que se le hacía en el curso de la etapa precedente, de tal modo que nuevamente la situación demográfica actual se deriva más de la degradación de las condiciones económicas que la desencadenaron, que de una causalidad interna.

La industrialización de África, como se constata hoy, estaba "fuera de lugar", era coyuntural, construida sobre capitales de paso que habían venido a buscar una mano de obra poco calificada y barata, pero que no se habían preocupado por crear estructuras e infraestructuras duraderas.

Lo precario del proceso de industrialización no podía sino transmitirse a las poblaciones que había hecho surgir. No se tomó ninguna medida, o casi ninguna, para estabilizarlas social y económicamente. El trastocamiento de la coyuntura abandonaba a sus propias fuerzas a ese proletariado en formación.⁴

La antropología comparada nos enseña que el crecimiento y la configuración de una población varían en el tiempo según los sistemas y las

⁴ Desde 1950 hasta 1980 la urbanización afectó de 15 a 30% de la población africana; en cuanto a la industrialización, ésta afectó 50% de las mercancías exportadas por los diferentes países, alcanzando las rentas más bajas en 1981 (Baux y Tolbert, 1982: 184).

clases sociales. Estas diferencias se deben menos a automatismos, y menos aún a la “madre naturaleza”, que a las “políticas” dictadas por las condiciones de vida y los imperativos económicos.⁵

El proceso de captación de una población en la economía de mercado tiene también leyes que actúan sobre su volumen y su composición social y la llevan a sufrir transformaciones dolorosas.

En la economía industrial, la importancia y el rendimiento del capital actúan sobre el volumen y la calidad del empleo, por lo tanto, sobre la abundancia de mano de obra en relación a la población total y sobre su composición. En una economía de mercado, la competencia y la ganancia deciden, según la coyuntura, el volumen y la naturaleza de las inversiones. Si dichas inversiones reducen el nivel de empleo creando así un excedente relativo de población, la política de tal economía debe ser y sólo puede ser la de *ajustar* la población a la producción y no a la inversa. Este *ajuste* comienza a nivel de la empresa que, con los despidos, se deshace del peso de una mano de obra a la que vuelve económicamente inerte e incapaz, aun cuando esté en posición de trabajar y viva, por ende, necesitada.

Pero los despidos son una solución únicamente para la empresa, que no hace sino devolver sus problemas a la sociedad. ¿Cómo eliminar completamente este excedente de población, como lo desearía una sana administración de la economía, si, según ciertos teóricos, el estado debe ser administrado también como una empresa? Éste es el problema que resuelve parcialmente el sistema de migraciones internacionales de las que se dice que “hacen más flexible el mercado de trabajo” mediante la repatriación de los trabajadores inmigrantes “a su casa”.

La división geográfica existente entre la zona de producción y la zona de reproducción lo permite. Pero, otra vez, no se hace más que desplazar el problema, en este caso hacia los países más pobres cuya situación económica y demográfica se agrava aún más.

Esos países, sin embargo, mantienen esta situación pues buscan rechazar a los “ociosos” de las ciudades hacia las zonas rurales de donde se supone que llegaron. Son innumerables las operacio-

⁵ Así, por ejemplo, ciertas sociedades cinegéticas que practican comúnmente el infanticidio; también algunas sociedades esclavistas que construyen su demografía mediante la captura y la adquisición de individuos, en detrimento del crecimiento genésico, etcétera.

nes de “regreso a la tierra”, de deportaciones a menudo brutales e inhumanas llevadas a cabo con este fin. El apartheid era la institucionalización permanente de esta división territorial.

De esta manera se perpetúan dos espacios sociales y demográficos distintos pero dependientes.

El regreso de los inmigrantes “a su casa” agrava la diferenciación ya marcada entre las zonas de empleos calificados y descalificados. Este agravamiento se traduce, en los países y regiones más pobres, en una descalificación mayor de las labores, lo que lleva a un empleo creciente de mano de obra siempre más barata. Simultáneamente, el retiro de empresas extranjeras acarrea la disminución del volumen global del capital, de ahí su debilitamiento y, por lo tanto, la baja general de la productividad del trabajo. Mientras más bajo sea el rendimiento del capital —y tal es el caso cuando la maquila se extiende casi indefinidamente como en muchas ciudades africanas— es menos posible pagar la mano de obra, la cual está menos calificada, menos protegida, más expuesta a los accidentes y a las enfermedades y debe ser renovada con más rapidez.

En esos países, la exigencia que surge en esta situación de crisis es, pues, la de una mano de obra descalificada, muy barata, sumisa, fácil y rápidamente reemplazable.

Son los niños quienes mejor cumplen con estas condiciones de trabajo, y su empleo toma proporciones incesantemente crecientes. Se ha visto que tal era el caso de las zonas de cultivos comerciales donde trabajan niños, en la parcela familiar, en detrimento de su escolaridad. Sobre todo en las ciudades, los niños forman un subasalariado al que emplea un subcapitalismo sin ley. Como se da por sentado que su familia los mantiene (siendo que también sucede lo contrario), los niños trabajan sin sueldo por casa y comida o sólo reciben un salario llamado “complementario”. Sometidos a la doble disciplina de la empresa y de la familia, son poco susceptibles a ser reivindicativos. Desde el punto de vista demográfico, su grupo de edad es abundante y, al ser joven, se renueva más rápidamente; por ser numeroso y de bajo costo, su contratación se vuelve más fácil y su reemplazo más rápido, lo que compensa parcialmente su relativa debilidad física.

Ahora bien, “sustituir adultos por niños en el trabajo —como ya lo veía Marx en su tiempo— es un verdadero incentivo para la

procreación”, que a su vez hace que el número de niños aumente y su fuerza de trabajo se abarate.

El empleo de niños modifica la temporalidad de la familia. Ya no son vistos como el sostén futuro de las viejas generaciones sino como el sostén inmediato de sus padres directos para quienes el futuro, tanto de unos como de otros, es menos urgente que las dificultades cotidianas. El empleo asalariado de niños muy jóvenes es así, paradójicamente, el símbolo del abandono y de la miseria de los viejos.

Tal forma de empleo contribuye al crecimiento de los grupos de edad más jóvenes a los que somete a una mortalidad precoz por accidentes o enfermedades de trabajo, con lo que al mismo tiempo socava los futuros grupos de adultos. Las pirámides de edad se derrumban. La población crece pero no envejece. Así pues, no son las condiciones de la oferta y la demanda de trabajo las que pueden restringir o regular por sí mismas el trabajo juvenil y sería una sorpresa que se tomaran medidas para privar a las empresas de las ventajas que esto representa frente a la competencia internacional.

En las ciudades, donde el desempleo ha aumentado, ya no hace falta bajar el precio de los alimentos para hacer bajar los salarios urbanos: de ello se ocupa la ley de la oferta y de la demanda aplicada al mercado de trabajo.

La degradación del empleo y de los salarios contribuye así a una degradación social peligrosa. En primer lugar, favorece el empleo de mujeres, con un pago menor, en detrimento de los esposos, y luego el empleo de niños, peor pagados aún, en detrimento de sus madres. Pero en segundo lugar, semejante coyuntura desintegra el tejido familiar: los hombres desempleados u obligados a desempeñar empleos peligrosos o insalubres, desaparecen del hogar; las mujeres, obligadas a encontrar una ocupación remuneradora y agobiadas por las labores domésticas, no pueden ocuparse apropiadamente de los recién nacidos y todavía menos de los viejos improductivos; los niños, obligados a trabajar y convertidos demasiado precozmente en “el sostén de la familia”, acaban por abandonar a sus padres para vivir en bandas. La desintegración de esta gran familia, cuya prolijidad es motivo de queja, acarrea también, la desaparición de un marco moral y de disciplina que quizás en África, más que en otras partes, retarda la delincuencia y las otras taras sociales que vemos desarrollarse en todo lugar de cualquier ciudad.

En ciertos bantustanes de Sudáfrica —un país que se encuentra a la vanguardia de la descomposición social de su proletariado— este proceso está ya ampliamente en marcha. Los nacimientos de niños ilegítimos, hijos de padres a su vez ilegítimos, anuncian desde hace tiempo una demografía salvaje, que está fuera de toda norma, cuyos efectos morales y sociales presentan aspectos muy inquietantes (FAO, 1982; Meillassoux y Messiant, eds., 1991).

Desde 1975-1980 la degradación de los salarios y el desempleo tuvieron efectos diferentes en lo que toca al campo y a la ciudad.

En el campo, según las regiones y los recursos locales, los ingresos provienen de las transferencias de los emigrantes o de los cultivos de exportación. El desempleo de los emigrados reduce el primer tipo de ingresos; la baja de precios de los productos agrícolas al productor reduce el segundo, al punto de acarrear la participación creciente de los niños en los trabajos agrícolas en detrimento de su escolaridad: al igual que en las ciudades, la situación económica de las zonas de cultivos comerciales es un incentivo para la procreación.

Bajo el efecto del desempleo y del encarecimiento de la vida es cierto que se prepara un repliegue hacia el campo, pero lento y muy reacio. Aun cuando la capacidad de reabsorción del campo africano sea posiblemente superior a la de otros continentes, gracias a la persistencia de la gran familia colateral, ese repliegue se ve limitado por los problemas de readaptación social que engendra una larga ausencia, las dificultades que representa rehabilitar tierras abandonadas o el reaprendizaje de las técnicas agrícolas. Es un regreso a la aldea, donde la productividad del trabajo agrícola alimentario sigue siendo muy inferior a la de la mayor parte de las industrias o servicios urbanos, los cuales son siempre la principal, cuando no la única, fuente de dinero. En el marco persistente del libre comercio, este regreso no permitirá, en contradicción con ciertas previsiones, un restablecimiento de la producción de alimentos.

Detrás del fenómeno del crecimiento acelerado de la población hay, pues, un conflicto entre lo que querría ser la política demográfica restrictiva de las autoridades nacionales o internacionales y la que, desarrollándose en el lugar de los hechos, corresponde a la de la única institución, privada, capaz de llevar a cabo la tarea de la reproducción, es decir, la familia. Pues, a su nivel, la familia admi-

nistra la reproducción según sus propios fines, dentro de sus propias perspectivas, y sobreponiéndose mal que bien a las crisis sucesivas que engendra esta transformación y que amenazan a cada momento su existencia.

Por ello, allí donde la política de estas familias no hace más que responder demasiado bien a las condiciones del mercado de trabajo, al procrear demasiados pequeños proletarios para ofrecérselos en sacrificio, y allí donde, correlativamente, fracasan las políticas de control de la familia, si es que las hay, se abate una miseria terrible, inducida por otras políticas con pretensiones económicas comprometidas uniformemente a escala continental, cuyos efectos demográficos hacen surgir interrogantes.

Los demógrafos, desde Condorcet, han observado que la mejora de las condiciones de vida se acompañan de una baja, a la larga, de la fecundidad. Esta mejora consiste básicamente en mejores condiciones alimentarias y sanitarias, de vivienda, de educación infantil, en la seguridad del empleo y seguridad social a escala nacional.

El crecimiento demográfico es más bajo, incluso a veces negativo, en las sociedades donde las condiciones de cuidado y reproducción física de los individuos son las mejores y donde las condiciones materiales para el futuro están mejor aseguradas.

Sin embargo, las medidas impuestas por las instituciones financieras internacionales en los países con crecimiento acelerado van, paradójicamente, en sentido rigurosamente inverso.

Nos enfrentamos aquí a un fenómeno de graves consecuencias: la disyunción que hay entre la comprensión de los problemas sociales y su solución política.

Parece que la disociación de los hechos aunada a la división económica del mundo, se transmite de la manera que pensamos.

La división internacional del trabajo, la cual está a la orden del día desde la segunda guerra mundial, provocó, como lo hemos visto, una división territorial que duplica en una división social y demográfica. Los países europeos ven disminuir relativamente su proletariado mientras que éste se desarrolla con desmesura en los países dependientes. Por un lado, las migraciones que regresan y, por el otro, el retiro y carácter nómada de las empresas internacionales, lo crean, lo abandonan o lo desplazan en todo momento en diversas partes del mundo. Esta división social del mundo se ve

agravada por la separación política que tiende a rechazar y arraigar al proletariado y, por lo tanto, también al desempleo, en los estados menos desarrollados. "Solución" que aplasta a los segundos y agrava el problema demográfico de los primeros.

El desarrollo económico de las grandes potencias occidentales se llevó a cabo, en lo que toca a cada una de ellas, dentro de sus fronteras. Fue en ese espacio donde se constituyeron las clases sociales. Afrontar ese problema directamente en el seno de la nación tenía la ventaja de obligar a buscar soluciones. Esto dio lugar a la organización obrera y al establecimiento de una política social. En virtud de la división mundial de la sociedad, la rebelión de los más explotados tiende a quedarse encerrada dentro de los países pobres donde el enfrentamiento con la clase dominante internacional, en buena medida ausentista, es menos que el que hay con gobiernos subrogados y puramente represivos, desprovistos además de los medios económicos susceptibles de aportar soluciones, locales o internacionales.

Esta disociación socioterritorial y política, mantiene una demografía diferencial evidentemente. Corresponde a la disociación de las funciones de producción y reproducción y sus beneficios y costos respectivos. Y si la una es redituable, es porque recoge los frutos de la otra, que no obtiene un beneficio secundario de los efectos de su participación demográfica en el desarrollo de los países ricos.

Desde el punto de vista de nuestras disciplinas, la producción es asunto de la economía, la reproducción de la demografía. En cuanto a la antropología y a la sociología, hemos constatado que se concentran menos en la amplitud de las cosas que en sus extremos. Ninguna disciplina cubre por sí sola un campo delimitado que pueda cerrarse sobre sí mismo. Sin embargo, esta división tiende a perpetuarse en la medida en que la disociación de las funciones y de los terrenos parecen conceder a cada disciplina un campo que le es propio y exclusivo.

Hay una falta de unión entre las disciplinas, las problemáticas y las políticas aplicadas, así como hay una disociación entre el trabajador y su familia, entre la circulación de capital y la de las poblaciones, entre las funciones productivas de la empresa y las funciones reproductivas de la sociedad.

Quizá estos indicios son suficientes para sugerir la necesidad

de una reestructuración de las ciencias humanas según una problemática de conjunto capaz de asociar las condiciones históricas y antropológicas de la producción material con las de la reproducción de la vida. Ya que, así como está, esta desunión entre las disciplinas se transmite hasta la concepción de las políticas impuestas a los países en vías de desarrollo.

El programa, prácticamente uniforme, aplicado hasta ahora por las instituciones financieras internacionales a los países subdesarrollados impone, en esencia, medidas restrictivas y severas a todo lo que contribuye al sostenimiento de la vida, en particular la eliminación de los subsidios a los productos alimenticios, el mantenimiento de salarios bajos, la drástica reducción del gasto público en los rubros de salud y de asistencia social. ¿Semejante política tiene únicamente objetivos económicos? ¿Sus impactos demográficos pueden ser ignorados?

“Las intervenciones dirigidas inicialmente a restablecer los grandes equilibrios económicos no pueden dejar de incidir en el campo demográfico” (Chasteland, 1990:21).

Por razones estrictamente financieras, la disminución de los salarios bajos es muy aconsejada, ya que a ese nivel —nos explican— los ingresos del salario se consumen íntegramente y no producen ahorro.⁶ Por el contrario, no se descubrió sino muy recientemente que los gastos suntuarios o militares son “improductivos” (reunión de primavera del FMI y del Banco Mundial, 29-30 de abril de

⁶ En este caso, el efecto de los bajos salarios, o sea la incapacidad de ahorrar, se considera la justificación teórica de los bajos salarios. Cf. las recomendaciones de la OCDE al gobierno francés —del que se espera reaccione como el de un país subdesarrollado— para reducir el SMIC (*Le Monde*, 08.06.91). La economía liberal no es sino una cadena de argumentos capciosos destinados a justificar los bajos salarios; la última versión de esta cadena es una “teoría” del desempleo según la cual el aumento de los salarios en un rubro crea en él el subempleo (Lesourne, 1991); en 1981 se invocaba el muy considerable consumo de los que ganaban el SMIC como la causa del déficit de la balanza comercial, por lo tanto de la inflación, por lo tanto del subempleo. Pero no se ha encontrado desde entonces ninguna correlación entre la tasa del SMIC y el nivel de esa balanza. Nuestros economistas liberales han pretendido por años que la prosperidad alemana reposaba sobre reducidas cargas sociales; hoy nos dicen que los industriales japoneses venden más caros sus productos en su propio mercado para hacer un dumping a sus precios de exportación; ¿los asalariados japoneses estarán pues tan bien pagados después de todo?

La idea de llevar los salarios a los niveles más bajos posibles es una conclusión teórica a la que llega el más humilde de los patrones sin ayuda de un economista. ¿Cuál es, pues, la función de aquellos que sostienen esta tesis y de dónde viene su renombre?

1991; discurso de M. Camdessus, 10 de junio de 1991); estos gastos, al igual que la exportación fraudulenta de capitales a veces masivos, no han suscitado la aplicación de sanciones; asimismo, la aplicación rigurosa de reglamentos internacionales de condiciones de trabajo, en particular el de los niños, o la que corresponde al respeto a los derechos humanos nunca se ha dado como condición estricta para la obtención de créditos. Todas estas medidas correrían el riesgo de contrariar a los detentadores del "ahorro", los únicos susceptibles, según la tesis liberal, de aumentar las inversiones, por lo que habría que contribuir a acrecentar su fortuna. Las concesiones fiscales a las empresas extranjeras las liberan de participar en la creación de infraestructura; ninguna pena está prevista en contra del retiro intempestivo de empresas. En los países subdesarrollados, el "ahorro", que proviene sobre todo de los préstamos, se vuelve a menudo a exportar en lugar de invertirse.

Esta política, aplicada a los países subdesarrollados, crea una brecha inmensa entre los ingresos y contribuye tanto agravar el desempleo en los sectores en los que las inversiones son productivas como agravar la sobreexplotación del trabajo en los otros sectores. La generalización de la política de exportación, la cual es practicada por todos los países hacia socios que buscan todos ellos proteger su mercado interno, aumenta las existencias de mercancía, crea el marasmo, hace bajar la rentabilidad de las inversiones, las cuales hay que reemplazar rápidamente por otras más productivas; aumenta los despidos y hace bajar aún más la demanda solvente, etc. Por el contrario, la negligencia hacia las condiciones de trabajo y la situación sanitaria grava el porvenir del presupuesto de los países sometidos a esta peligrosa imprevisión.

La proliferación de la miseria y de las hambrunas que debilitan a las generaciones futuras, la de las epidemias que toman proporciones continentales, preparan para el porvenir un derrumbe cuyos contornos son ya muy visibles. Esta política contradictoria, incoherente y funesta protege, ciertamente, a los ricos "ahorradores", pero deteriora gradualmente todas las otras capas de la población.

Lo paradójico es que esto es posible en la democracia por el hecho de que estas instituciones, públicas por el origen de sus fondos pero que no dependen de órganos multilaterales de decisión como en el caso de las agencias de las Naciones Unidas, funcionan sobre la base arcaica de un poder censatario: se comprende que es-

tén más preocupadas por los intereses de los países más ricos que por los de las poblaciones más pobres. Sobre todo, estas instituciones con tan poca representatividad internacional son las únicas que, entre los organismos internacionales, disponen de un medio de presión irresistible sobre los gobiernos: el dinero. Ellas solas y sin ninguna intervención de los otros organismos internacionales han decidido hasta el presente la atribución de emisiones especiales de dinero o préstamos a los estados y, al mismo tiempo, la política a seguir, los programas económicos a aplicar, los proyectos a realizar, las condiciones a respetar y las modalidades de pago. Ahora bien, es obvio que la política monetarista uniforme y repetida que se ha estado llevando a cabo desde hace un cuarto de siglo, ha fracasado. La brecha se está haciendo más profunda. El informe del Banco Mundial de 1990 lo confirma. La situación de los países más pobres, llamados Países Menos Avanzados (PMA), se deteriora en todos los casos. En el reverso de cada balance general de contabilidad que dice ser positivo, se inscriben como reservas los efectos sociales y represivos siempre con agravantes de esta política. Las advertencias de la UNICEF,⁷ del PNUD,⁸ del BIT, de la OMS y de otras agencias, respecto de los efectos deletéreos de esta ortodoxia contable⁹ sobre el estado social y sanitario de las poblaciones, han sido ignorados en los hechos. Los estudios e investigaciones hechos sobre los problemas relativos a la integración de variables demográfi-

⁷ El Banco Mundial (1990:103) le reconoce a la UNICEF (una referencia implícita se hace en Cornia y otros, 1987, *Adjustment with a Human Face*) el mérito de haber sido la primera que "puso en el centro del debate el problema de la planificación y de los efectos de los ajustes" ante el cual ella misma había permanecido ciega. Es más, el *World Development Report 1990* del Banco Mundial pone como encabezado su balance, en letras resplandecientes aclarando un planisferio sumido en las tinieblas: "Poverty".

⁸ El *Rapport Mondial sur le Développement Humain 1991* del PNUD reafirma el lugar central que debe ocupar la Organización de las Naciones Unidas en la elaboración de un mundo nuevo "de paz y desarrollo". Este texto "propone una redistribución racional de los recursos con el fin de servir mejor a la humanidad haciendo que el mayor número posible de individuos obtenga un beneficio de un uso creativo de esos recursos, en lugar de limitar su asignación a grupos de intereses restringidos (...) Preconiza un proceso de desarrollo humano cuyo objetivo principal sería lograr la plenitud y la utilización de todas las capacidades humanas (...) Comporta por primera vez un indicador de libertad humana" (PNUD, 1991: iii). Toma en cuenta índices como la esperanza de vida al nacimiento y la alfabetización como medida de los efectos de una política económica (*idem.*: 1).

⁹ Ortodoxia totalmente relativa, de hecho, puesto que ciertos países gozan de favores especiales por razones políticas (por ejemplo Egipto, a resultas de su participación en la guerra del Golfo Pérsico).

cas en la planificación del desarrollo por el PNUD, el CICRED, la FAO, la UNFPA, que tienen el mérito de considerar el largo plazo, parecen letra muerta (Chasteland, 1990). Actualmente, incluso las instituciones religiosas más conservadoras se inquietan por la "explotación" (es el término papal) a la que están sometidas las poblaciones del Tercer Mundo, o del hecho de que el "proletariado de 1848 está de nuevo a nuestras puertas" (Cardenal Lustiger, *L'Expansion*, 23.05.1991). El agravamiento de las condiciones de vida, la morbilidad acrecentada, la mortalidad en aumento, la proliferación de pandemias resultantes de la degradación de las infraestructuras sanitarias, las catástrofes agrícolas debidas a la interrupción de ciertos programas de protección contra parásitos, el desarrollo de cultivos ilegales promovidos por la baja continua de los precios de las materias primas, todos estos fracasos deben ser imputados a programas desconsiderados y a la limitada visión de las instituciones financieras internacionales.

El paradójico efecto demográfico de esta política es provocar simultáneamente un aumento de la población en las peores condiciones materiales y morales y un agravamiento sórdido de la morbilidad y de la mortalidad.

Ciertamente, el informe del Banco Mundial de 1990 (p. 103) evoca las preocupaciones de "varios observadores", pero sólo desde la perspectiva de las medidas a tomar para "amortiguar los costos a corto plazo" pero no para cambiar de dirección. ¿La recomendación de una "ortodoxia acrecentada" no había acompañado esta observación? (Reunión FMI-BM del 29 y 30 de abril de 1991). El director del FMI, sin embargo, se ha abierto a estos problemas, en un discurso autocrítico, al aceptar hablar por primera vez en la historia de esta institución ante la Conferencia Internacional del Trabajo del BIT (junio de 1991) y deplorar los gastos improductivos. Está claro que nuestros colegas monetaristas, encerrados en la problemática estrecha de su subdisciplina, por lo tanto incapaces de remediar los desastres que provocan si no es con la aplicación siempre redoblada de la misma medicina, están en el límite de su imaginación. Necesitan ser asistidos en una labor que los rebasa, con el fin de que lleguen a comprender mejor el alcance de lo que ellos llaman en un lenguaje orwelliano, el "ajuste estructural", cuyos desórdenes y terrible gravedad apenas parecen, en la hipótesis más optimista, haber siempre medido con claridad.

Un considerable avance se lograría, pues, si en la huella de esta débil apertura, ya tardía, a los problemas demográficos y sociales, los participantes de dicha Conferencia recomendaran que las políticas asignadas a los gobiernos por las instituciones financieras internacionales sean elaboradas en organismos que reunieran, además de los países directamente implicados, a todas las agencias internacionales interesadas, con el fin de tomar en cuenta, como parece ser elemental, el conjunto de los datos del problema.

Los fenómenos demográficos son de una gran sensibilidad como para que sean tratados como los subproductos de una subdisciplina económica.

Por añadidura, los prejuicios irracionales de los que son objeto tales fenómenos deben hacernos tomar todavía más precauciones al considerar ciertas pretendidas "soluciones", directas o indirectas, a las que se quisiera someter clases sociales enteras sin que estén protegidas contra la racionalidad u ortodoxia financiera. Lo que está en juego es la vida de millones de seres humanos.

Quiero recordar, a propósito de esto, una advertencia solemne que me parece hoy de una importancia capital y que nos ha sido legada por un humanista cuya ausencia aún sentimos, y de quien se honra con toda razón la escuela francesa de demografía:

"El exterminio de esta clase proletaria llevada a los límites de la subsistencia, no puede ser contemplado... Los liberales más fieles a su causa, los más 'darwinistas', no osan seguir a Adam Smith en su discreta sugerencia de hacer desaparecer a los débiles en favor del equilibrio vital" (Sauvy en Charbit, 1981:X).

Ojalá que Alfred Sauvy no sea desmentido y que nadie sucumba, por poco que esto sea y por el medio que sea, a tal fin.

Traducción del francés:
GERMÁN FRANCO

SIGLAS

- BIT *Bureau International du Travail* [Organización Internacional del Trabajo]
 BM Banco Mundial [Nombre oficial: *International Bank for Reconstruction and Development* (Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento)]

- CICRED *Comité International de Cooperation dans les Recherches Nationales en Demographie* [Comité Internacional de Cooperación para Investigaciones Nacionales Demográficas]
- CNRS *Centre National de la Recherche Scientifique* [Centro Nacional de la Investigación Científica]
- FAO *Food and Agriculture Organization* [Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación]
- FMI Fondo Monetario Internacional
- OCDE Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos
- OMS *Organisation Mondiale de la Santé* [Organización Mundial de la Salud]
- PMA Países Menos Avanzados [Clasificación usada por las Naciones Unidas con fines estadísticos; véase *Standard Country or Area Codes for Statistical Use*, serie M, no. 49, rev. 2. N. del t.]
- PNUD *Programme des Nations Unies pour le Developpement* [Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo]
- SMIC *Salaire minimum interprofessionnel de croissance* [Salario mínimo interprofesional de crecimiento]. En Francia, salario mínimo que varía en función del índice de precios y de la tasa de crecimiento económico por debajo del cual ningún empleado puede ser remunerado.
- UNFPA *United Nations Fund for Population Activities* [Fondo de las Naciones Unidas para Actividades de Población]
- UNICEF *United Nations Children's Fund* [El acrónimo está basado en el nombre anterior: *United Nations International Children's Emergency Fund*; Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia]